

La calle para el viernes 30 de septiembre de 2011
Diario de un espectador
Leñero, Sainz, José Agustín
Miguel ángel granados chapa

No sólo en la redacción de *Claudia* coincidieron los destinos literarios de Vicente Leñero, Gustavo Sáinz y José Agustín. Escribieron también, casi al mismo tiempo, cada uno su Autobiografía precoz, a que los invitó el benemérito Rafael Jiménez Siles, editor y librero. Había montado un sello llamado Empresas editoriales, dedicada a rescatar textos inencontrables, o que jamás se habían reunido, como la obra periodística de Salvador Novo, que se transformó en un clásico, lo mismo para repasar lo que ocurría en México en los años treinta y la década siguiente, que para aprender redacción, diferente por entero de la desbalagada prosa a que se aproximaban los aprendices.

La autobiografía precoz ruborizó a Leñero, que demoró a aceptar la oferta que Sainz y José Agustín acometieron de inmediato. Otros jóvenes escritores, algunos ya camino de la consagración como Salvador Elizondo y Juan García Ponce, participaron de esa iniciativa. También lo hizo Raúl Navarrete, probablemente inducido por Leñero. Pero su relato biográfico no fue sólo precoz, sino definitivo pues murió siendo muy joven.

Los tres alegres compadres hablaban y hablaban de literatura, la suya y la ajena:

“Sainz tenía sobrada razón; José Agustín, a sus 21 años, ya era todo un escritor. No nada más un escritor escandaloso por sus anécdotas y por su lenguaje, sino un escritor lo que se dice profundo. La crítica nunca descubrió en *De perfil*, ni en los libros que vinieron después, el sentido que yo entiendo era como religioso de la narrativa de José Agustín. No descubrió que detrás de aquel relajo, “detrás de la gran piedra y el pasto”, tembequeaba como gelatina una preocupación existencial por la ética, por los valores trascendentes (perón por la palabreja, diría Agustín, de una juventud a la que sólo se quería ver como dispuesta para el desmadre. *De perfil* es todo, menos un libro superficial, y sus jóvenes no son simples muñecos de paja, vacíos del cerebelo. Son eso que son y ya está escrito: muchachos que se encuentran en presencia de un padre –por rastrear un ejemplo significativo –una figura de bondad enfocada desde la ternura, y no el simple *puching bag* de sus hijos rebeldes que a la fuerza necesitan aporrear al pobre negro de Tírele al negro, para desahogar frustraciones e independizarse de la maldita autoridad.

José Agustín no escribió de niño ni desde el diván del psicoanálisis; no barraba para convencernos de los lugares comunes endilgados hasta la saciedad en todos los libros sobre el dramón de ser joven. Como Sainz hablaba de su propia experiencia, y desde esa experiencia traducía una

visión del mundo positiva, envidiable, ejemplar diría yo, para subrayar que *De perfil* era una novela ejemplar como literatura y como lección de vida.

Gustavo Sainz convenció al querido Joaquín Diez Canedo de publicar la novela de Agustín, Diez-Canedo empezó enfurruñándose como siempre , pero al tercer encendido de pipa, y luego de mascullar complicaciones editoriales, terminó diciendo que sí, que por supuesto la publicaría, porque él también había leído la novela de un tirón y estaba-- lo se yo de seguro, poco menos que asombrado y convencido de que era necesario jugársela con los jóvenes, Insistí yo en que la publicara en la colección de pastas duras de Novelistas contemporáneos, como *De Perfil* lo merecía. Pero Diez Canedo dijo que no”

. . . .